



los caprichos de un loco! El buen fray Silvestre, su consejero, fué desterrado, acusándosele de haber inducido al rey al bien que había hecho hasta entonces, valiéndose para ello de sortilegios; cortesanos y espías, que son la peste de las cortes, invadieron el palacio; los obispos asistían para justificarlos á obscenos banquetes, que se le preparaban á fin de distraerle del dolor que le causaba la pérdida de su esposa. Juan no abandonaba la crápula sino para dedicarse á la proscripción de personas virtuosas ó ricas, y escudriñar los secretos de las casas y los pensamientos. Una vez convocó á todos los funcionarios civiles y militares, áun á los más lejanos, con sus familias, y acompañado de aquella comitiva, se dirigió á Alexandrof, desde donde escribió á Moscou, quejándose de que todos le vendían; que el clero estaba inclinado siempre á mitigar su rigor, y que, por tanto, depondría el cetro para no ocuparse más que en el cuidado de su salvación.

No se le pudo inducir á continuar sino con la promesa de dejarle aplicar sin intercesión todos los castigos. Entonces repartió el imperio, conservando para sí la reserva (*opritschnina*) ó dominio imperial, que comprendía diez y nueve ciudades, algunos distritos de Moscovia, y muchos barrios de la capital, cuyos antiguos propietarios habían sido expulsados por fuerza. El resto (*semschchnina* ó país), estaba abandonado á la administración de los boyardos; pero el czar se reservaba en todas partes el poder militar y el derecho del sable.

Rodeado de seis mil individuos entre príncipes y nobles, comprometidos por medio de juramento á servirle con fidelidad y verdad, enriquecidos con los bienes arrebatados á doce mil familias, y que llevaban pendientes de la silla una cabeza de perro y una escoba, para indicar que debían morder á los enemigos del czar y barrer el mundo, empezó las proscripciones y matanzas, haciendo ahorcar y empalar sin descanso. Moscou no se hallaba comprendida en la «reserva;» habiéndose, pues, retirado á Alexandrof, pasaba allí la vida en ejercicios de una loca piedad. Formó una hermandad de personas ricas corrompidas, durante cuyos suntuosos banquetes leía libros espirituales.

Visitaba con frecuencia las cárceles para hacer dar tormento al primero que se le ocurría. Un día mató con su propia mano á ciento; una noche mandó ejecutar el rapto de las mujeres más hermosas para sí y los suyos; ciudades enteras fueron declaradas rebeldes y ahogados sus habitantes. No satisfecho con haber expulsado de Novogorod muchas familias, estableció allí un tribunal, adonde los habitantes eran conducidos á millares cada día, procesándoseles y arrojándolos al río; así continuó durante cinco semanas, pereciendo hasta sesenta mil personas; la peste y el hambre se encargaron de acabar con las demas. Preparaba igual suerte á Pskov, cuando el sopido lúgubre de todas las campanas, la sal y el pan colocados delante de todas las casas, le conmovieron. Se indemnizó con Moscou; y el 15 de Julio de 1570, aparecieron en el mercado diez y ocho horcas, instrumentos de tormento, una inmensa hoguera y una caldera de bastante cabida. Todos huyeron: Juan se presentó con grande aparato militar, conduciendo á trescientas ó cuatrocientas víctimas, y obligó á los moscovitas á asistir á aquel espectáculo y aplaudir su justicia. ¿No parece que se ha trasladado uno á la Roma imperial?

Juan, habiendo perdido su segunda mujer, se casó en terceras nupcias, pecado irremisible en la religión griega. Marfa, hija de un comerciante de Novogorod, fué la elegida entre dos mil doncellas. Pronto murió de consunción; con lo que se excitaron en él nuevos furoros, y se casó por cuarta vez, llegando hasta el octavo matrimonio. Su hijo Juan era el compañero de sus orgías, se asociaba á sus crueldades, y contando á la sazón veintisiete años, había cambiado ya tres veces de mujer. Al ver el deshonor de las armas rusas, pidió á su padre que le enviase contra Polonia; pero el czar, creyendo ver en tal petición un concierto en contra suya, le asestó tan violento golpe con su herrada maza, que le dejó muerto. Acosaron á Juan horribles remordimientos; lanzó dolorosos gritos, y como si volviese en sí por un momento, anuló la reserva, y reunió de nuevo toda la Rusia bajo su mando.

Moscou experimentó otros desastres, pues



Devlet Guirei, kan de Crimea, la invadió y quemó, haciendo perecer á ciento veinte mil habitantes; y el país perdió hasta ochocientos mil, entre muertos y prisioneros. Los generales rusos vengaron aquel incendio; pero Estéban Bathori, duque de Transilvania, combatía de una manera terrible á fin de recobrar los territorios conquistados en Livonia y Lituania. Juan se vió precisado á descender á súplicas con Bathori que, vencedor en todas partes, se hacía cada vez más exigente, y que en la tregua de Kiewerowa-Horka obtuvo toda la Livonia. La Suecia, aliada en otro tiempo de la Polonia, continuó la guerra, y en la tregua de Plüsmunde conservó sus conquistas. Arruinadas sus rentas en la guerra de Polonia, Juan recurrió por primera vez al clero, con objeto de que le auxiliase, y el sínodo decretó que los dominios concedidos por los príncipes á las iglesias y á los monasterios en cualquiera época que fuese, tornasen á la corona, no pudiendo el clero adquirir en adelante bienes inmuebles.

Mientras que tan mal le salían las guerras de Europa, Juan conquistó un país pobre de habitantes, pero rico en dones de la naturaleza. Se da el nombre de Siberia á la parte meridional del gobierno de Tobolsk, habitada por los vógulos, los ostiacos y los barabingos, entre los samoyedos al Norte, la estepa de Ischim al Sur, el Obi al Este y los Montes Urales al Oeste. Toma su nombre de la ciudad de Sibir, situada en la orilla oriental del Irtych. Schibano, descendiente de Gengiskan, había fundado este khanato de Turof, separándolo del de Capchac; y como se encontraba agitado por discordias, Yediguer, kan de Siberia, se hizo tributario de Juan IV, comprometiéndose á pagar una piel de ardilla y otra de marta cebellina por cada uno de sus treinta mil setecientos súbditos. Hacia aquella época Kuchun, de nación Kirguicia, usurpó el poder, tomando el título de czar de la Siberia; y Anika Strogonof, negociante de Solvycegodzka en la Permia, comenzó á hacer con aquel país un ventajoso comercio de pieles. Juan concedió para siempre á sus hijos las tierras incultas á orillas del Kama, con el derecho de construir allí fortalezas, tener artillería, y ejercer una jurisdicción in-

dependiente, reservándose el czar las minas que se descubriesen.

Los Strogonof hicieron la guerra á Kuchum, y habiendo sometido el país á Juan, obtuvieron de él en cambio el derecho de explotar las minas. Propusieron á algunos cosacos del Don renunciar á sus incursiones y entrar á su servicio; Yermak Timovief aceptó, y con ochocientos cuarenta de sus camaradas, provistos de armas de fuego, que compensaban su corto número con la resolución, emprendió la conquista de la Siberia. Aquella novelesca expedición existe aún en los recuerdos nacionales. Se apoderaron de Sibir, penetraron entre los ostiacos y los vógulos, y aunque el jefe, habiendo caído en una emboscada, pereció, y sus tropas se vieron obligadas á retirarse, el país fué ya conquistado, y el czar mandó allí tropas que construyeron á Tobolsk y derrotaron á Kuchum.

Murió Juan á la edad de cincuenta y cuatro años, sentido por sus súbditos, que había tiranizado, y que nunca habían levantado un dedo contra él, mientras él vivía en continuo temor de tramas y sublevaciones. En el reinado de aquel monstruo, el país se había aumentado, y el ejército subió de ciento cincuenta mil á trescientos mil combatientes; de modo, que su reputación hizo que los alemanes y los ingleses solicitasen su alianza.

El tártaro Boris Godunof tomó las riendas del Estado de manos del inerte y débil Teodoro I (Fedor), y manifestó las cualidades que agradan, las virtudes que constituyen á un hombre notable, y una ambición que no conoce límites. Dió por esposa al czar una de sus hermanas, y arruinó con intrigas á los parientes del príncipe y á todo el que podía causarle recelos; llegó hasta hacer dar muerte á Demetrio, hermano único del czar, esparciendo la voz de que se había suicidado. Mantuvo entonces el Imperio floreciente y tranquilo, impuso silencio á sus enemigos, envió colonias á la Siberia, reformó los abusos del reinado anterior, sometió á la Siberia, y defendió Moscou de un ataque de los tártaros. Era un hombre tan dispuesto á la magnanimidad como al crimen, según le convenía.

La guerra con la Suecia terminó con la paz



de Tensin, que aseguró á la Rusia la Carelia y la Ingria; al mismo tiempo las potencias europeas conocian ya las ventajas de la alianza con la Moscovia; los turcos empezaban á temer su enemistad, y el papa no cesaba de enviar legados y dones para atraer al czar á la Iglesia Latina, como mejor medio de destruir el poder otomano; mas siempre inútil mente. Pareciendo indecoroso permanecer bajo la tutela del patriarca de Constantinopla, esclavo del turco, fué elegido patriarca de la iglesia rusa el metropolitano de Moscou. De este modo la Rusia se robustecia por medio de la unidad política y religiosa, al paso que la falta de éstas causaba la desorganizacion de la Polonia. Godunof se concilió tambien la voluntad de los nobles, disminuyendo la libertad que gozaban los campesinos de trasladarse de una tierra á otra, derecho que obligaba á los señores á tratarlos más humanamente, y apretó los lazos de la esclavitud, aprovechando á los tiranos el tener que habérselas, no con poblaciones enteras que podian sublevarse, sino con un corto número de privilegiados responsables de la turba servil.

La estirpe reinante en Rurik acabó con Teodoro; y si bien otros muchos vástagos de aquella familia vivian aún, Boris supo hacer que recayera en él la eleccion, y ascendió al trono, cuyo camino habia allanado con crímenes, en que se revelaban la astucia y el descaro. Gobernó con dignidad y prudencia; lisonjeó al pueblo, aliviándole de sus cargas y multiplicando las peregrinaciones; llamó á su córte artistas, médicos, farmacéuticos, sostuvo á los militares, animó á los boyardos á que enviaran á sus hijos á educarse á Suecia; se mostró muy davidoso con favoritos y monasterios; mandó fundir la enorme campana del Kremlin, celebró tratados con el papa y con la Inglaterra para que los ingleses y los italianos pudiesen traficar en el país; trató de reprimir las partidas de ladrones, prodigó socorros en una hambre que mató á medio millon de personas en Moscou, é hizo respetar su nombre en Europa.

Aunque la familia de los Romanoff habia aplaudido tambien su exaltacion al trono, no por eso dejó de sacrificarla á su desconfiada

ambicion, empleando, no el medio público de los suplicios, sino el encubierto de la intriga, y favoreciendo la delacion hasta el punto de excitarla en el hogar doméstico.

Despues el fraile ruso, Gregorio Otrepief, trató de hacerse pasar por Demetrio, hermano de Teodoro, asegurando que los asesinos no le habian herido, y pretendió la corona, apoyado por los polacos, deseosos siempre de introducir los disturbios en Rusia; por los cosacos del Don que Boris queria sujetar á la disciplina; por los jesuitas de Cracovia, á quienes el falso Demetrio prometió restaurar en el imperio la Iglesia Latina, y por las muchas personas dispuestas á especular con una revolucion. Ayudado de las sublevaciones y de la fortuna, el falso Demetrio penetró en el reino, y Boris murió de pesar y desesperacion, sospechándose que fué envenenado.

El patriarca y los boyardos eligieron á su hijo Teodoro, de edad de diez y seis años; pero el falso Demetrio fué reconocido hasta por la viuda de Juan IV; y el pueblo se apresuró á tributarle homenaje, por las esperanzas que en los países despóticos sonrien á cada cambio de rey. Venció y perdonó; á diferencia de sus predecesores, protestó que no queria derramar sangre, si bien dejó extrangular al czar. Llamó de nuevo á los Romanoff, y reinó con dulzura, desplegando en la administracion y en la guerra toda aquella habilidad que algunos creen privilegio del nacimiento y de la educacion real. Sin embargo, habiendo crecido en medio de las costumbres polacas, despreciaba la aspereza rusa y á los toscos boyardos; lo que era causa de disgusto, como asimismo el haber ascendido al trono con el auxilio de las armas lituanas, el rodearse de tantos extranjeros y el inclinarse al catolicismo, hasta el punto de permitir la misa y los jesuitas; además, no ayunaba, no se persignaba al pasar las imágenes, no tenia una servidumbre numerosa, no dormia la siesta, montaba á caballo sin taburete, y se divertia en domar potros cerriles y en apuntar los cañones. Es cierto que, á imitacion de los verdaderos czares, violaba hasta las vírgenes sagradas, é infamó con sus abrazos á la viuda de su predecesor.



Basilio Schuiski, que aseguraba haber visto con sus propios ojos en el ataud al verdadero Demetrio, urdió una conspiracion, y siguiéndole con una mirada de tigre en medio de las fiestas y de los negocios, logró por último hacerle degollar en una sublevacion, en la que se derramó tanta sangre como la que Demetrio habia querido ahorrar. Entonces, cual debia esperarse de un rebaño servil, se lanzaron imprecaciones contra el muerto; aquellos que le habian reconocido por verdadero declararon que era un impostor, y el pueblo le maldijo, tratándole de mágico y hechicero, á la par que aplaudió á Basilio, elevado al trono de los czares.

Pero de improviso se presentó otro Demetrio, y luego un tercer pretendiente con este nombre, hallando siempre apoyo en los cosacos y los polacos. Schuiski fué depuesto, los extranjeros se alegraban al ver abatido un poder, cuyos progresos los tenian asustados; en Moscou llegó el hambre al extremo de venderse carne humana; en todas partes habia matanzas, incendios, procesos; y el envilecimiento de los corazones fué tal, que se pensó en dar la preferencia á un extranjero. Las intrigas dieron el triunfo á Ladislao, hijo de Segismundo III, rey de Polonia; pero los suecos, en venganza, invadieron la Ingria, al paso que los polacos ocuparon á Smolensko; pulularon otros Demetrios, y los ódios de nacion y de familia sembraron la mortandad en todo el imperio.

Finalmente, algunos se unieron para liberar la patria de tantos males y nombraron á Miguel Federovitz Romanoff, que hasta entonces habia vivido en un monasterio con su madre, y en el cual principió la dinastía que rige aún actualmente los destinos de la Rusia. Guiado Miguel por los prudentes consejos de su padre Filaretos, arzobispo de Rostof, devolvió la paz á la Rusia. En Stolbowskaia se arregló con Gustavo Adolfo, cediéndole la Ingria, con lo cual abandonaba el Báltico, y de consiguiente la Europa. Con Ladislao, que queriendo obligar á la Rusia á que le eligiesen czar, habia llegado hasta Moscou, celebró la paz de Viazma, dejando á los polacos en posesion de Smolensko, de la Siberia y de Chernikof.

Richelieu, seducido por el comercio que los ingleses hacian en Rusia, concluyó el primer tratado entre ésta y la Francia; Miguel envió la primera embajada á China; pero aquélla volvió sin obtener resultado, porque los individuos que la componian se negaron á someterse al humillante ceremonial de aquel país; en cambio, se celebró un arreglo con la Persia, á fin de abrir un nuevo camino á las relaciones comerciales. Luego en 1652, el cosaco Kabarof, habiéndose lanzado á lo largo del Amur, llamado por los chinos rio del Dragon, construyó algunas torres, lo que produjo disputas con la China; y el emperador Chi-tsu-chang-hoang-ti, prefiriendo las ventajas del comercio, envió mandarines, acompañados de los jesuitas Pereira y Gerbillon y de diez mil nombres, que desplegaron gran lujo y fijaron los confines de ambos imperios.

Le sucedió su hijo Alejo, de edad de diez y siete años, cuyos tutores excitaron tal descontento, que Moscou, Novogorod y Pskov, se sublevaron. Aquellas turbulencias alentaron á otro falso Demetrio, el cual se hizo circuncidar en Constantinopla y bautizar en Roma: se dirigió á todas las potencias, con objeto de que le reconociesen; mas al cabo fué cogido y sentenciado á muerte. Los cosacos de la Ucrania, disgustados de los polacos, que los trataban como á esclavos, se sometieron á Alejo, con la condicion de permanecer exentos de contribuciones y de toda jurisdiccion, fuera de la de sus propios magistrados, teniendo además el derecho de elegir su hetman: sesenta mil debian servir en el ejército con un sueldo de tres rublos al año.

Era natural que la Polonia, cuyo poder declinó desde aquel momento, encontrase en tal incidente motivos de guerra. Los rusos salieron vencedores; pero los cosacos tornaron á la Polonia, dividiéndose últimamente entrambos estados, segun la linea de separacion trazada por el Dnieper, siempre peligrosos, ya fuesen amigos ó enemigos. Stenko-Razin, al frente de una partida de cosacos del Don, saqueó las barcas que iban por el Volga á Astrakan, y derrotó las tropas enviadas para reprimirle; en seguida se arrojó sobre la Persia, robando y de-



gollando en todas partes á los nobles, y llamó á la libertad á los esclavos y á los hombres del campo. Uniendo la habilidad de general á la astucia de bandido, se sostuvo por algun tiempo; pero al fin fué preso y ajusticiado. Aunque no citamos más que á este jefe, puede decirse que habia constantemente uno en rebelion contra la Rusia.

En 1672 estalló la primera guerra con la Puerta, y Alejo envió embajadores á los príncipes cristianos, exhortándolos á que depusiesen sus enemistades para combatir al enemigo comun, y al papa á que se pusiese al frente; pero nadie le escuchó, y murió antes de ver el fin de las hostilidades. Habiendo entrado en la sociedad europea, procuró sostener dignamente su categoría con la mejora de su pueblo; llamó á su córte extranjeros, fundó escuelas, ordenó sobre todo revisar el código de Juan Basilievitz, y «tomar de las constituciones de los santos apóstoles y Padres de la Iglesia, y de las leyes de los emperadores griegos, cuanto hubiese en ella aplicable á las costumbres y á los usos de su nacion; reunir igualmente los ukases de los antiguos señores de Rusia y las decisiones de los boyardos, combinándolas con las leyes existentes; en fin, resolver las cuestiones pendientes, y por tanto dudosas en la legislacion.» Con tal objeto designó á cuatro príncipes, agregando á ellos diputados de todas las clases de la nobleza y ciudadanos; y una vez terminado el trabajo, se leyó en una asamblea compuesta del clero, de los boyardos, de los jueces y consejeros, y de los diputados de la nobleza y de la clase media, firmando todos al pié.

La blasfemia, el delito de lesa majestad, cualquier acto dirigido á turbar el ejercicio del culo, era en este código de muerte. El que se presentase en la córte armado, sin haber recibido órden para ello, debia sufrir la pena llamada *batujes*, esto es, golpes aplicados á las plantas de los pies, y la prision; el que desnudase el acero en presencia del czar, sin herir al adversario, era condenado á perder la mano, y á muerte si le heria. La falsificacion de escritura pública, la sustraccion de documentos, la adulteracion del oro y la plata se castiga-

ban con la pena capital; á los monederos falsos se les conminaba con verterles en la boca metal derretido.

Se mandaba cortar la mano al que robase un caballo. El primer robo era castigado con el knut, la pérdida de la oreja izquierda y dos años de presidio; el segundo con el knut, la pérdida de la oreja derecha y cuatro años de presidio; el tercero, y lo mismo el robo de iglesia, con la muerte. Al salteador de caminos se le aplicaba el tormento, se le cortaba la oreja derecha, se confiscaban sus bienes y se le condenaba á tres años de presidio, y á muerte en caso de reincidencia. A los condenados á muerte se les concedian seis semanas para hacer penitencia. Todo homicidio premeditado era castigado con pena capital; el infanticidio con un año de prision y una multa; si la culpada era soltera, debia ponerse el último suplicio. La mujer que daba muerte á su marido era enterrada hasta las caderas, con los brazos atados á la espalda. El juez prevaricador pagaba el triple del daño causado; si pertenecia á la nobleza se le degradaba, si á la plebe, se le aplicaba el knut (látigo). Los calumniadores sufrían la pena del talion, que tambien está marcada para las injurias corporales; las de palabra se pagaban con dinero á proporcion de la clase del ofensor y del ofendido. Prohibióse legitimar á los hijos naturales, aún por medio del matrimonio subsiguiente. Los hijos no podían acusar á sus padres ni citarlos ante la justicia. A nadie era permitido salir del país sin pasaporte; se decretó un impuesto permanente, sin exceptuar los bienes eclesiásticos y los de la corona, para el rescate de los prisioneros de guerra, y en tiempo de guerra otro para mantener el ejército. El patriarca ejercia jurisdiccion sobre sus dependientes, pudiendo apelarse de su tribunal al de los boyardos. Estaba vedado á los nobles constituirse esclavos por contrato; para hacerlo debían tener quince años, y los hijos que naciesen antes de la servidumbre de sus padres, debían ser libres. Se prohibió introducir ó fumar tabaco, bajo la pena del knut, el tormento, la pérdida de las ventanas de la nariz, ó de toda la nariz, segun se delinquiera una ó más veces.



El clero, los nobles y los soldados estaban exentos de pagar peaje.

Algunos atribuyen á Alejo la invencion de la terrible cancilleria secreta, que ponía la vida de los ciudadanos á merced de los delatores. Bastaba que uno exclamase: *Slovo y dielo* (la palabra y el acto) para hacer encarcelar á cualquier ciudadano, aunque el primero tenia obligacion de probar que éste habia conspirado contra el czar, sin lo cual debia sufrir la pena del knut.

En 1587 se habia concedido un patriarca particular á la Rusia por Teodoro Ivanovitz, con plena autoridad eclesiástica, aunque tambien se consultaba á los patriarcas griegos; y todos los años los czares les enviaban un regalo á Constantinopla. Pero en 1657 fué un embajador ruso á Constantinopla, y obtuvo del patriarca de aquella ciudad de los de Antioquia, Jerusalem y Alejandria, que el de Moscou fuese elegido por el clero, sin que se necesitase de su asentimiento. Este prelado quedó pues, del todo independiente, y ocupó el primer lugar despues del czar, que en la solemnidad del domingo de Ramos, conducía de una cinta al caballo en que iba montado el jefe de la Iglesia.

Al concluir el año, uno y otro besaban la mano y abrazaban en presencia del pueblo; sentándose despues el patriarca en el trono bendecía la corona y el cetro del czar.

Pero no duró mucho aquella armonía: Nikon, uno de los hombres más distinguidos del imperio, era, á pesar de su afecto hácia la familia de los Romanoff, celoso de los derechos de su Iglesia, por el interés de su dignidad y hasta por orgullo personal. Cuando el código sujetó á los eclesiásticos á la jurisdiccion lega, se opuso; irritóse el czar, y los grandes y algunos individuos del clero se quejaron de la severidad del patriarca; el cual, viendo que habia perdido su favor, depuso las insignias de su dignidad, y se retiró á un convento de Moscou, cumpliendo con la regla de éste y ocupándose en escribir una crónica del reino hasta el fin de sus dias.

Nikon habia introducido la uniformidad en el culto de la Rusia; pero muchos fieles se se-

pararon de él; haciéndole un cargo por haber alterado los dogmas y los derechos, y se titularon antiguos creyentes (*staroverzes*) ó elegidos (*isbranikos*), mientras que sus enemigos los trataban de cismáticos (*rozholznick*). No formando éstos una iglesia particular, las opiniones varían de hombre á hombre; odian á los sacerdotes griegos, negando que haya en la Iglesia rusa continuidad de episcopado, y en su consecuencia sacerdocio legítimo; se sujetan rigurosamente á la letra de la Escritura; tanto que la trasposicion de una palabra en una nueva edicion de la Biblia, fué causa de grandísimos tumultos; no permiten administrar el bautismo á un sacerdote que haya bebido, con objeto de evitar los desórdenes causados en el país por el abuso de los licores; no admiten categorías entre los fieles; es un pecado entre ellos decir tres veces aleluya, en lugar de dos; el sacerdote debe bendecir con tres dedos, y otras sutilezas; pero como se excluye á los disidentes de sus conventículos, se les achacan todos los desafueros que suelen imputarse á las sociedades secretas. El rigor, el artificio, la guerra abierta, se emplearon inútilmente para destruirlos; y ni la tolerancia de Pedro el Grande, ni la indiferencia de Catalina II no han conseguido nada. Hay quizá en el dia trescientos mil en el imperio, subdivididos en más de veinte sectas, que se distinguen en *Poposchtinas*, que tienen papas, es decir, sacerdotes, y en *Bezpoposchtinas* que no los tienen.

Por tanto Alejo convocó un concilio en Moscou, al que asistieron los patriarcas de Alejandria y Antioquia, y en el que fué excomulgado Nikon, que además fué desterrado. Aquel concilio abolió el uso de excomulgar al papa y á los católicos los primeros domingos de cuaresma.

Aún quedaba por decidir acerca de las arrogantes pretensiones de los nobles, entre los cuales se habia establecido una especie de gerarquía (*Miesnichestovo*), que consideraba indigno de un hombre bien nacido depender dentro de una casa ménos antigua. Negábase cualquier noble á servir en el ejército á las órdenes de un oficial, cuyo padre ó abuelo hubiese sido inferior á su padre ó abuelo.